

Primera edición: septiembre 1998  
Séptima edición: febrero 2005

Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Colección dirigida por Marinella Terzi  
Traducción del inglés: Miguel Azuela  
Ilustraciones: Sofía Balzola

Título original: *The Diary of a Killer Cat*  
© Anne Fine, 1994  
© Ediciones SM, 1998  
Impresores, 15 - Urbanización Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 84-348-6245-X  
Depósito legal: M-3036-2005  
Preimpresión: Grafilia, SL  
Impreso en España / Printed in Spain  
Oryma, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

## 1 Lunes

Vale, vale. Pues que me ahorquen. He matado un pájaro... ¡Pero si soy un gato, por favor! Si en realidad mi trabajo consiste en arrastrarme por el jardín, de un seto a otro, detrás de esas monaditas chillonas que casi no pueden volar... ¿Qué se supone que debo hacer si, además, una de esas pobres bolitas de pelusa plumífera poco menos que se me mete en la boca? En realidad, prácticamente ha aterrizado entre mis garras. Me podría haber hecho daño.

Vale, vale. Pues sí, me lo zampé. ¿Y ésa es una razón para que Eli me llore tanto encima de la pelambre que casi me ahoga, y me esté apretujando tan

fuerte que un poco más y me estrangula?

—Pero ¡Raspi! —dice entre suspiros, con los ojos rojos y rodeada de una montaña de pañuelos de papel—. Pero ¡Raspi! ¿Cómo has podido hacer una cosa así?

¿Que cómo he podido hacer una cosa así? Pues porque soy un gato. ¿Cómo iba yo a saber que iba a montarse semejante follón, con la madre de Eli corriendo a buscar hojas de periódicos viejos, y el padre de Eli un cubo de agua y jabón?

Vale, vale. A lo mejor no tenía que haberlo arrastrado ni dejado encima de la alfombra. Y a lo mejor las manchas ya no se quitan nunca.

Pues venga, que me ahorquen y en paz.



## 2 Martes

**E**l entierro del pájaro me ha encantado. Creo que en realidad no querían que yo fuera, pero a fin de cuentas el jardín es tan mío como suyo. La verdad es que paso en él mucho más tiempo que ellos. Soy el único de la familia que lo utiliza como es debido.

Y no es que me lo agradezcan precisamente. Tendríais que oírlos:

—Ese gato está destrozando mis macizos de flores. Casi no me queda una sola petunia...

—Es que ni había yo acabado de plantar las lobelias cuando se ha recostado sobre ellas y las ha dejado completamente despachurradas...

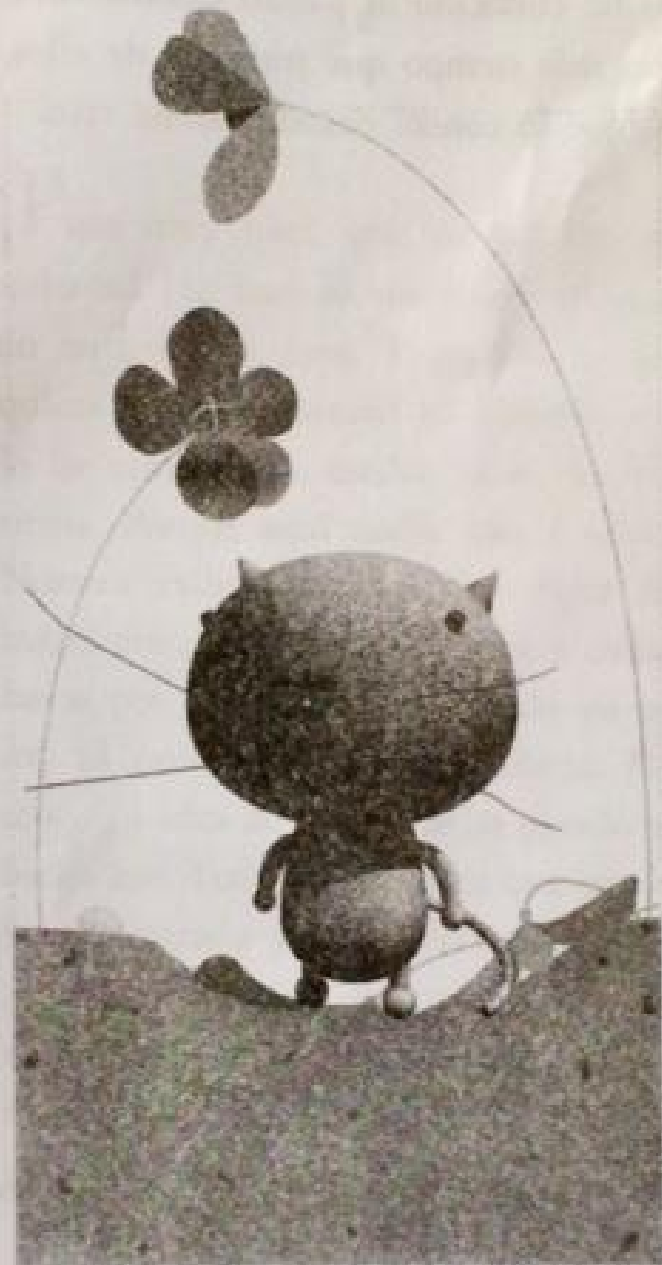
—Me encantaría que no hiciera hoyos entre las anémonas...

Buá, buá, buá. No sé para qué quieren un gato si lo único que hacen es quejarse.

Todos, menos Eli. Anda demasiado ocupada con el rollo sentimental de lo del pájaro. Lo ha colocado en una caja y lo ha envuelto completamente en algodón. Luego ha hecho un agujerito y nos hemos puesto todos alrededor mientras ella pronunciaba unas palabras deseándole al pájaro felicidad en el cielo.

—Lárgate —me ha susurrado el padre de Eli. (Es un hombre que me resulta francamente grosero.)

Pero yo, ni caso. ¿Qué se habrá creído? ¿Que no voy a ir al entierro de un pajarín si a mí me da la gana? Además,



yo he conocido al pájaro durante mucho más tiempo que ninguno de ellos, porque lo conocí cuando estaba vivo.

### 3 Miércoles

¡Pues muy bien, que me apaleen si quieren! He metido un ratón muerto en su preciosa casa. Y encima ni siquiera lo había matado yo. Cuando me lo he encontrado, estaba ya en las últimas. Porque aquí nadie está a salvo. Nuestra calle está hasta los topes de matarratas, los coches zumban a todas horas por todos lados, y además yo no soy el único gato del vecindario. No tengo ni idea de lo que le ha pasado al bicho ese. Todo lo que sé es que me lo he encontrado y ya estaba muerto (recién muerto, pero muerto). Y en ese momento me ha parecido una buena idea traerlo a casa. No me preguntéis por qué. Debo de haber enloquecido.

¿Cómo no habré pensado que Eli iba a agarrarme y a echarme uno de sus sermones?

—Pero ¡Raspi! ¡Es la segunda vez esta semana! No puedo soportarlo. Ya sé que eres un gato, y que es natural y todo eso. Pero, por favor, nunca más. Hazlo por mí.

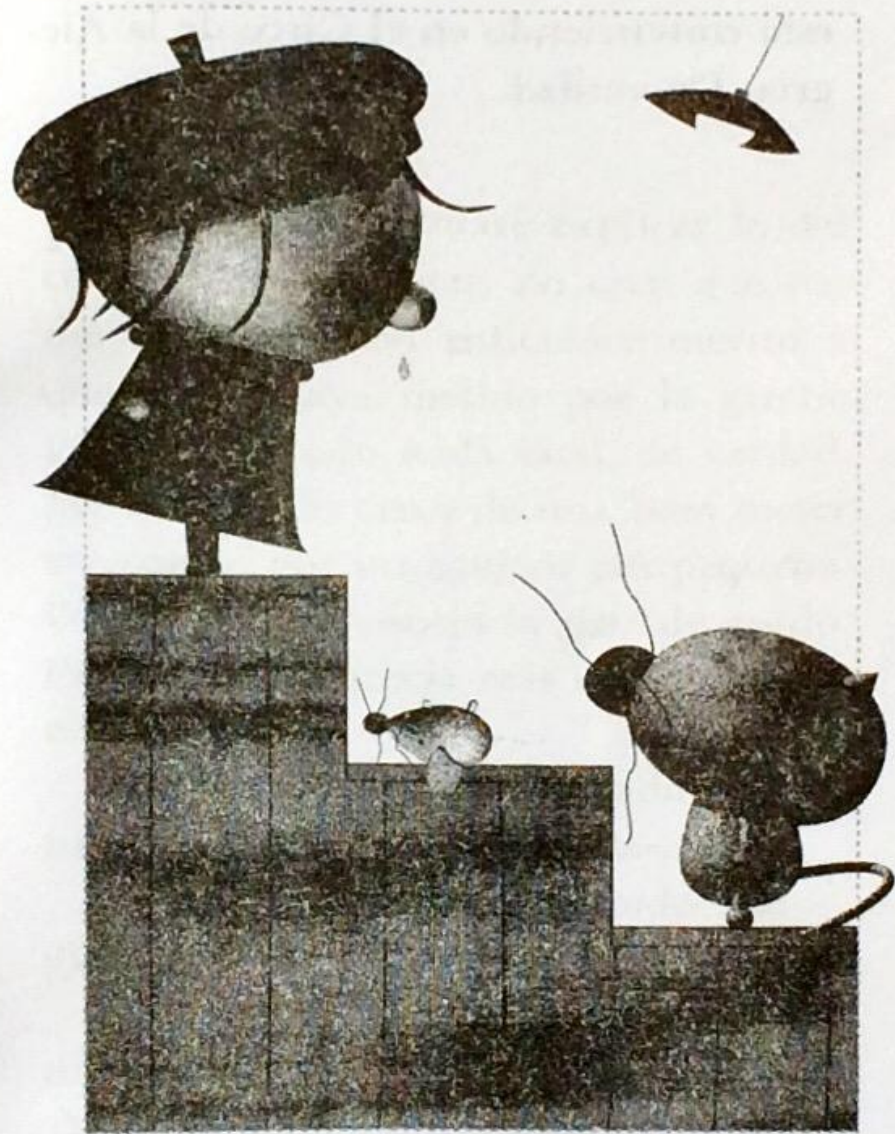
Me ha mirado fijamente a los ojos.

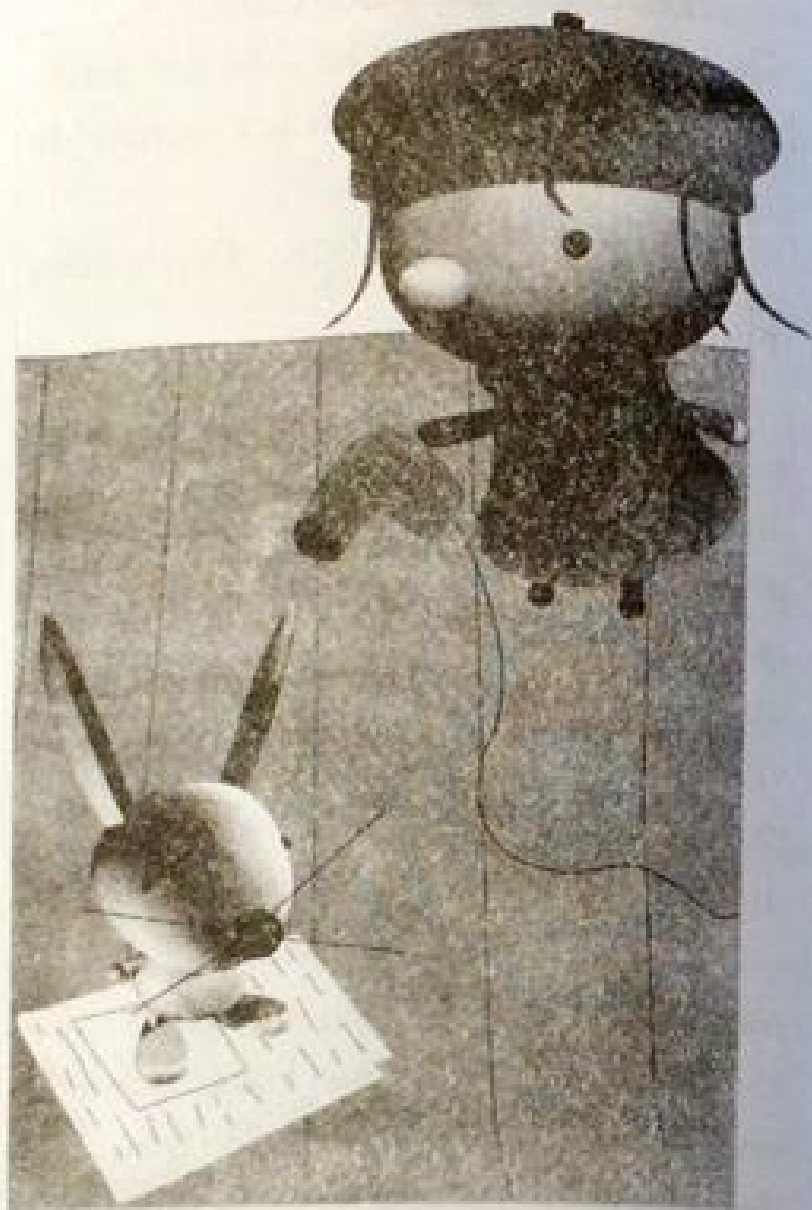
—Nunca más. ¿Me lo prometes?

Le he hecho un guiño. (Bueno, lo he intentado, pero no estaba para bromas.)

—Hablo en serio, Raspi —me ha dicho—. Yo te quiero y comprendo cómo te sientes. Pero tienes que dejar de hacer estas cosas, ¿vale?

Me sujetaba por las zarpas. ¿Qué podía decir yo? He intentado poner cara de que lo sentía. Y se ha echado a llo-





—¡Holaaa, Ras! —solía contestarme él, con una especie de espasmo.

Sí. Éramos buenos compas. Éramos colegas. Y ha sido estupendo verlo tan acicalado y tan elegante cuando Eli ha terminado con él.

Tenía un aspecto magnífico.

—Y ahora, ¿qué? —ha dicho el padre de Eli.

La madre de Eli le ha dirigido una mirada como la que a veces me dirige a mí, sólo que más amable.

—¡Ah, no! —ha dicho él—. Yo no. No, no, no y no.

—Tenemos que hacerlo tú o yo —ha dicho ella—. Y está claro que no puedo ser yo.

—¿Por qué no? —ha dicho él—. Eres más bajita y puedes meterte con más facilidad por el seto.

En ese momento me he dado cuenta de lo que estaban planeando. Pero ¿qué podía decir yo? ¿Qué podía hacer para detenerlos? Para explicarles...

Nada. Yo sólo soy un gato.  
Y me he sentado a mirar.

## 5 Viernes

Y digo ya viernes porque han acabado tardísimo. Un buen rato después de haber dado la medianoche en el reloj, el padre de Eli se ha levantado con mucho esfuerzo de su cómodo sillón enfrente de la tele y ha subido al piso de arriba. Cuando ha vuelto a bajar, estaba vestido de negro. Negro de la cabeza a los pies.

—Pareces un ladrón —ha dicho la madre de Eli.

—Ojalá un ladrón robara nuestro gato —ha mascullado él.

He preferido ignorarlo. Me ha parecido lo mejor.

Han ido juntos hasta la puerta de atrás.

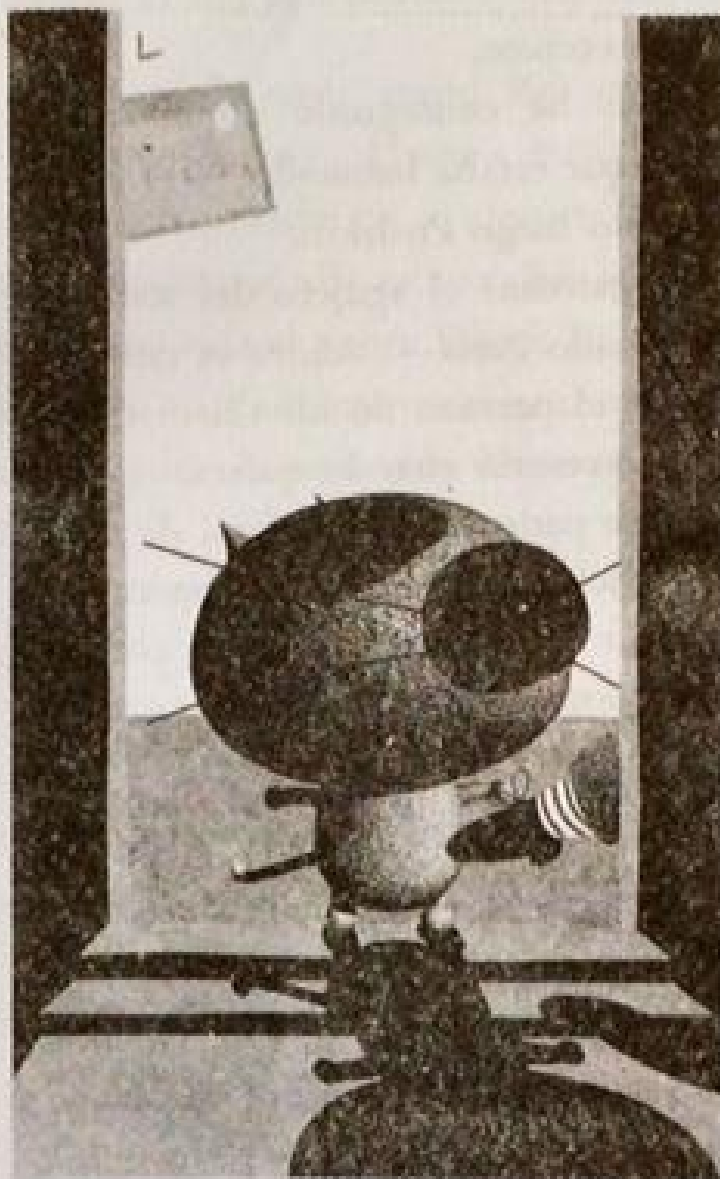


—No enciendas la luz de fuera —ha advertido él—. Nunca se sabe quién puede andar curiosoando por ahí.

He intentado deslizarme fuera de la casa, pero el pie de la madre de Eli me ha cerrado el paso.

—Tú esta noche te quedas dentro —me ha dicho—. Ya nos has dado bastantes quebraderos de cabeza esta semana.

Vale, vale. De todos modos Perla, Tigretón y Pushkin me lo iban a contar todo después. Y me han informado a tope, porque son buenos colegas. Todos ellos han visto al padre de Eli cruzar sigilosamente el jardín con su bolsa de plástico llena de Bongo (que iba muy bien envuelto en una toalla para no mancharse). Todos le han visto abrirse paso a trancas y barrancas por el agu-



jero del seto y arrastrarse por el césped de los vecinos.

—No he conseguido entender qué era lo que estaba haciendo —me ha comentado luego Pushkin.

—Destrozar el agujero del seto —se ha quejado Perla—. Ahora es tan grande que el perrazo de los Carrascal podrá atravesarlo cuando quiera.

—Ese padre de Eli ve fatal de noche —ha dicho Tigretón—. Le ha costado un siglo encontrar la dichosa conejera en la oscuridad.

—Y forzar la puerta.

—Y meter dentro al pobrecillo Bongo.

—Y colocarlo delicadamente en su cama de paja.

—Todo acurrucadito.

—Con la paja bien aplastadita alrededor.

—Para que pareciera que estaba dormido.

—Era casi, casi, como de verdad —ha dicho Perla—. Hasta a mí podría haberme engañado. Si a alguien se le ocurre pasar por allí esta noche, seguro que piensa que el pobre Bongo se acaba de morir tranquilamente mientras dormía después de una vida larga y agradable.

Han empezado todos a reírse a carcajadas.

—¡Sshh! —les he dicho—. Bajad el tono, muchachos. Que nos van a oír y se supone que me la he cargado y no puedo estar fuera.

Se han quedado mirándome asombrados.

—¡Venga ya!

—¿Cargado?

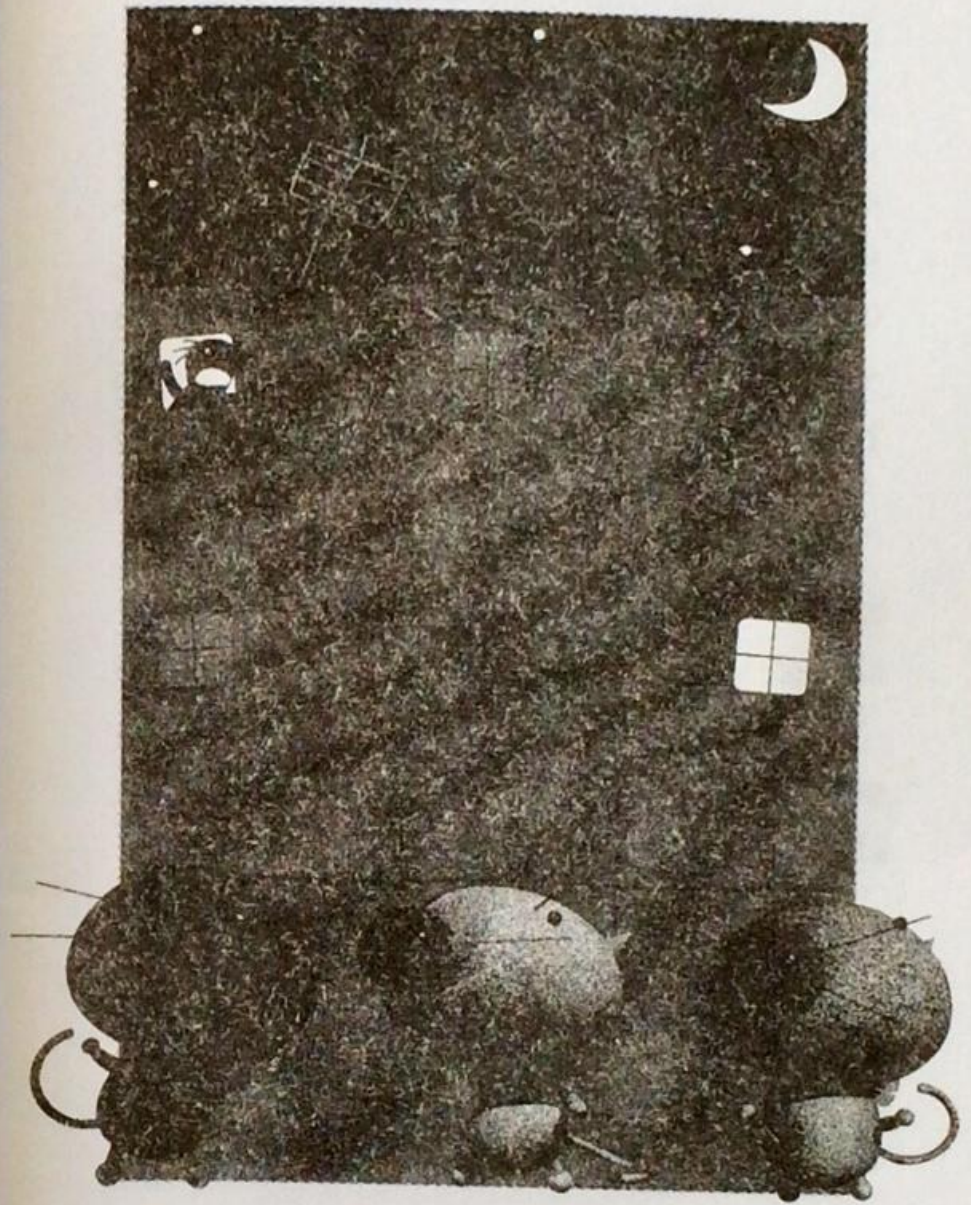
—¿Por qué?

—Dicen que por asesinato —he dicho—. Conejicidio a sangre fría.

Y nos ha dado la risa otra vez. Carcajada va, risotada viene. Lo último que he oído antes de que desapareciéramos en masa por la calle del Ciruelo ha sido una ventana que se abría de golpe y el aullido del padre de Eli:

—¿Cómo te las has ingeniado para escaparte, alimaña infernal?

¿Qué pensará hacer ahora? ¿Clavar la trampa de la gatera?





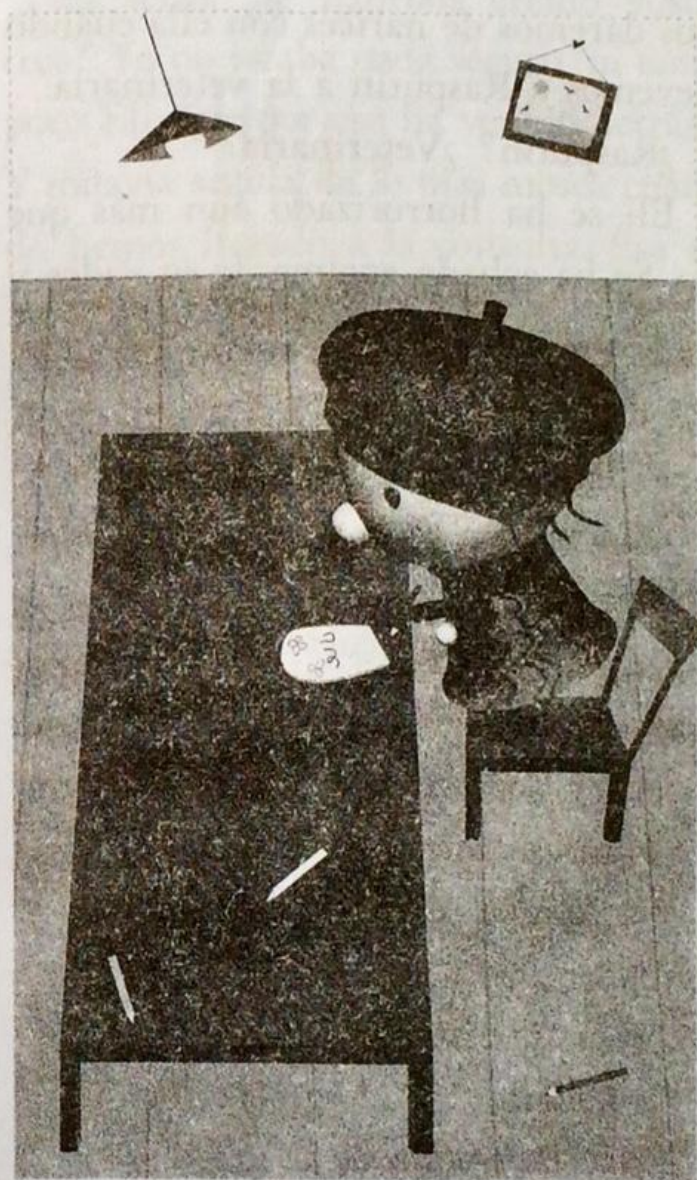
—No debes llevársela todavía a los vecinos —le ha advertido su padre—. Antes de que nos digan que se ha muerto Bongo, ni se te pase por la cabeza.

Hay gente que nace blandita. Los ojos de Eli se han puesto brillantes de lágrimas.

—Ahí va la vecina —ha dicho la madre de Eli mirando por la ventana.

—¿Hacia dónde va?

—Hacia las tiendas.



—Bien. Si esperamos un poquito, no nos daremos de narices con ella cuando llevemos a Rasputín a la veterinaria.

¿Rasputín? ¿Veterinaria?

Eli se ha horrorizado aún más que yo. Se ha echado encima de su padre y se ha puesto a golpearlo con sus puñitos debiluchos.

—¡Papá, no! ¡No puedes hacer eso!

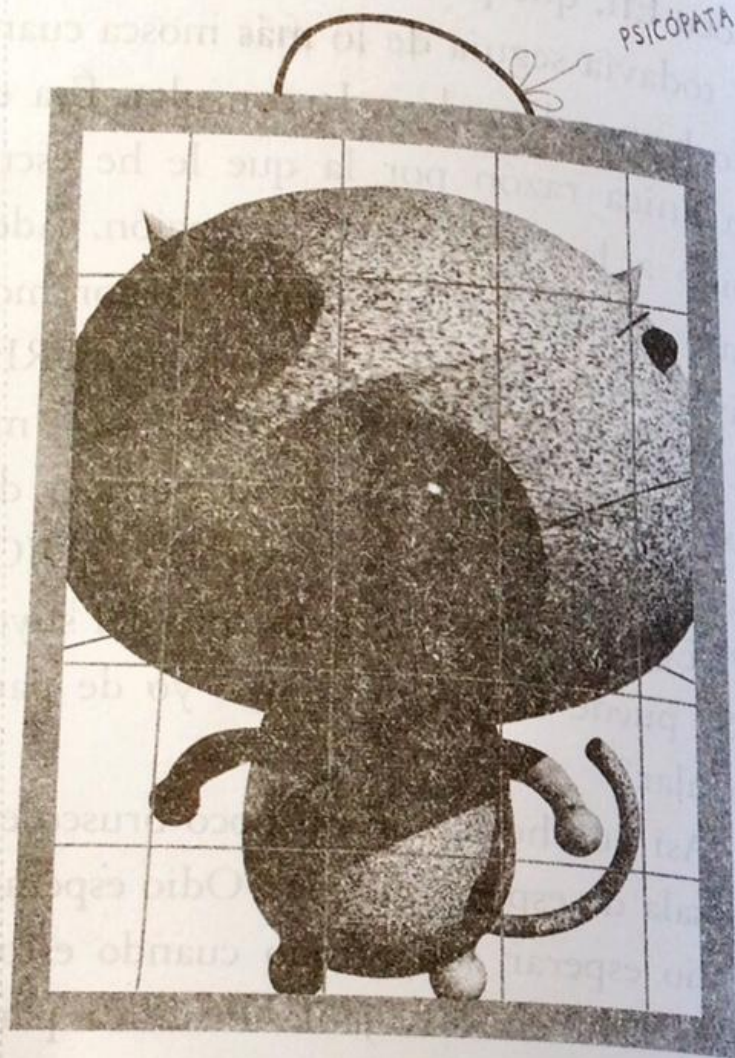
Con mis zarpas yo he luchado mucho mejor. Cuando por fin me ha arrancado de la oscuridad del armario que hay debajo del fregadero, él tenía el jersey destrozado y las manos llenas de arañazos que sangraban.

No estaba demasiado contento, la verdad.

—Sal de ahí, fiera barrigona, psicópata peludo. ¡Por desgracia sólo van a ponerte la vacuna de la gripe!

En serio, ¿le habríais creído vosotros? Yo no estaba nada seguro (ni tampoco Eli, que por eso ha venido detrás). Y todavía seguía de lo más mosca cuando hemos llegado a la consulta. Ésa es la única razón por la que le he escupido a la chica de la recepción. Además, tampoco ella tenía el menor motivo para escribir lo de «¡OJO, PRECAUCIÓN!» al principio de mi expediente. Ni siquiera al perrazo de los Carrascal le han escrito «¡OJO, PRECAUCIÓN!» al principio del suyo. ¿Se puede saber qué tengo yo de particular?

Así que he estado un poco brusco en la sala de espera. ¿Y qué? Odio esperar. Odio esperar sobre todo cuando estoy encerrado en una jaula metálica para gatos. Es muy incómodo. Hace calor. Y



es aburrido. Después de unos cuantos cientos de minutos de estar sentado en ella cualquiera se pondría a incordiar a los de al lado. No es que me apeteciera darle un susto de muerte a aquella ratilla blanca tan pachucha. Sólo la estaba mirando. Estamos en un país libre, ¿no? ¿O es que un gato no puede ni siquiera mirar a una pobrecita cría de rata blanca?

Y si me hubiera relamido (lo que no es cierto), habría sido por la sed. Eso está claro. ¿Hacer que me la iba a comer? ¿Yo? Por favor...

El problema de las crías de rata blanca es que no se les puede gastar una broma.

Ni a ellas ni a ninguno de los demás bichos que había por allí.

El padre de Eli ha mirado por en-

cima del folleto que estaba leyendo («*Cuando su animal de compañía tiene lombrices*»). ¡Qué hermosura! ¡Qué maravilla!).

—Dale la vuelta a la jaula, Eli.

Eli ha puesto la jaula mirando hacia el otro lado.

Ahora tenía enfrente al foxterrier de los Portillo. (Y, si hay un animal en este mundo que necesite lo de «¡OJO, PRECAUCIÓN!» escrito al principio de su expediente, ése es el foxterrier de los Portillo.)

Vale, pues sí, le he dado un bufido. Sólo ha sido un bufido pequeño. Se habrían necesitado auténticas orejas bioelectrónicas para poder detectarlo.

Y he gruñido un poco. Aunque en lo de gruñir se supone que toda la ventaja

era suya. Al fin y al cabo él es un perro. Yo sólo soy un gato.

Y bueno, vale, también he escupido un poco. Pero sólo un poquito. Nadie que no estuviera empeñado en pillar a alguien lo habría sospechado siquiera.

Además, ¿cómo iba yo a saber que no se encontraba del todo bien? No todos los que van a ver a la veterinaria están enfermos. Yo no estaba enfermo, ¿no? La verdad es que no he estado enfermo en mi vida. No sé ni qué se siente. Apuesto a que, aunque estuviera muriéndome, cualquier cosa peluda podría hacerme muecas inofensivas desde una jaula sin ponerme yo a gemir, a encogerme y a escarbar para meterme debajo de la silla y esconderme detrás de las piernas de mi ama.

Parecía más gallina que foxterrier, si queréis mi opinión.

—¿Podrían controlar un poco a su dichoso gato? —ha dicho la señora Portillo en mal plan.

Eli ha dado la cara por mí.

—¡Está en una jaula!

—Pues está aterrorizando a la mitad de los animales que hay aquí. ¿No pueden echarle ustedes un trapo o algo por encima?

Eli estaba dispuesta a seguir discutiendo, lo sé. Pero su padre, sin levantar siquiera la vista del folleto de las lombrices, ha dejado caer su gabardina sobre mi jaula como si yo fuera un viejo loro sarnoso o algo parecido.

Y todo se ha quedado a oscuras.

Así que no es extraño que, cuando la veterinaria se me ha acercado con su infame agujaza, yo estuviera de bastan-





te mal humor. De todos modos no ha sido mi intención arañarla tanto, eso desde luego.

Ni romper todas aquellas botellitas de cristal.

Ni tirar el peso para gatos nuevo, tan caro, que había en la mesa.

Ni derramar todo aquel líquido para limpiar.

En cualquier caso, no he sido yo el que ha desmenuzado en trocitos pequeños el papel con mi historia clínica. Ha sido la veterinaria.

Cuando hemos salido Eli era otra vez un mar de lágrimas. (Hay gente que nace blandita.) Apretaba muy fuerte mi jaula contra el pecho.

—¡Raspi, precioso! Mientras no encontremos otro veterinario que prometa cuidarte bien, tienes que tener mucho

cuidado de que no te atropelle un coche.

—¡No tendremos esa suerte! —ha rezongado su padre.

Le estaba echando una de mis miradas a través de la reja de la jaula cuando he visto a la madre de Eli a la salida del supermercado, rodeada de bolsas por todas partes.

—Llegáis tardísimo —ha dicho de mal humor—. ¿Ha habido algún problema con la veterinaria?

Eli ha estallado en sollozos. ¡Qué frágil es! Pero su padre está hecho de una pasta más dura. Ha respirado bien hondo, y ya iba a empezar a ponerme verde cuando ha cambiado de idea. Con el rabillo del ojo ha visto que se acercaba otra clase de problema.

—¡Rápido! —ha susurrado—. La vecina se acerca desde el banco.

Se ha apoderado de la mitad de las bolsas y la madre de Eli ha agarrado el resto. Pero antes de que pudiéramos alejarnos, la vecina ha salido por la puerta acristalada.

Así que los cuatro no han tenido más remedio que ponerse a charlar.

—Buenas —ha dicho el padre de Eli.

—Buenas —ha dicho la vecina.

—Bonito día —ha dicho el padre de Eli.

—Precioso —ha admitido la vecina.

—Mejor aún que ayer —ha dicho la madre de Eli.

—Desde luego —ha dicho la vecina—. Ayer fue un día horroroso.

Seguro que solamente estaba hablando del tiempo, palabra. Pero los ojos de Eli han vuelto a llenarse de lágrimas. (No sé por qué le tenía tanto cariño a

cuidado de que no te atropelle un coche.

—¡No tendremos esa suerte! —ha rezongado su padre.

Le estaba echando una de mis miradas a través de la reja de la jaula cuando he visto a la madre de Eli a la salida del supermercado, rodeada de bolsas por todas partes.

—Llegáis tardísimo —ha dicho de mal humor—. ¿Ha habido algún problema con la veterinaria?

Eli ha estallado en sollozos. ¡Qué frágil es! Pero su padre está hecho de una pasta más dura. Ha respirado bien hondo, y ya iba a empezar a ponerme verde cuando ha cambiado de idea. Con el rabillo del ojo ha visto que se acercaba otra clase de problema.

—¡Rápido! —ha susurrado—. La vecina se acerca desde el banco.